

A Luis...a Luis Faúndez.

No recuerdo bien el por qué, pero sí... me pareció como uno de esos alucinantes magos que preparan el Guinness, en el Whelans allá en Dublín...en la calle **Wexford**, cerquita del **museo arqueológico** y de la catedral **St. Patrick...**

**...no era coherente en realidad, porque** andaba aquel mediodía por los pasillos de la academia... pero es que si para mi era coherente...pero con el imaginario de la vida que imagino, de esa vida que no para de seducir con el encanto de la devota alegría que aparece a la hora del atardecer en un boliche suburbio del Valparaíso eterno donde con la guitarra el amor se desespera...

...ese fue mi primer encuentro con el Luis Faúndez.

Después...de jornada en jornada, de paro en paro, acompañó siempre con afecto las horas del tripaliare, con ese afecto que fluía de su auténtica sencillez y cordial mirada, lejana de los enojos de algunos cercanos otros. Nos reíamos mucho en su pequeño espacio colmado de memos y cosas parecidas conversando de Fidel y Maradona...nos reíamos tanto, con el Juan Pablo, con el José y con el Luis gremial... magníficos amigos todos ellos... nos reíamos sin soberbia ni supremacías...De eso yo me acuerdo cuando me acuerdo del Luis...

Qué otra cosa puedo desear para un amigo si no es el que el calendario se le venga lentito...lentito para que pueda hacer suya esa poesía que sonrío encantada en las delirantes

páginas de los poetas o simplemente en los brazos del amor...sobre todo ahora en este nuevo Chile que el pueblo ha comenzado a pintar con acuarela roja por todos sus rincones...

Qué otra cosa puedo desear para un amigo si no es el que la vida le ponga un siete en el corazón y que el fin del mundo lo pille bailando un baile con orquesta...y si no es con un Guinness, que a lo menos sea con una cervecita en la mano y al ritmo de la mirada seductora y embrujante del encanto de aquella que no le cierra las puertas de su cielo y que noche a noche le dibuja primaveras.

Gracias doy las gracias que me permitieron conocerte Luis.

Ricardo Acevedo, en el otoño del dos mil veintiuno.